

CAPITULO XIX.

DE LO QUE PASABA EN LOS CAMPAMENTOS FRANCES Y MEXICANOS LA VISPERA DE LA BATALLA.

I.

Al terminar la gloriosa jornada de las Cumbres de Acultzingo, el General Zaragoza emprendió su movimiento retrogrado, buscando un sitio á propósito para batir con éxito al ejército francés.

Varias veces se había detenido en su tránsito, y recorrido los accidentes del terreno buscando las probabilidades del triunfo, pero desconfiado y receloso, continuaba en su peregrinación, trayendo á una jornada de distancia al enemigo, que no cesaba de escaramucear con las guerrillas.

El tres de Mayo de ese año histórico de 862, llegó con su ejército al frente de Puebla, dejando á retaguardia de los franceses una brigada de caballería.

La ciudad se puso en alarma; un sopor de muerte pesó sobre aquella atmósfera siempre pura, y el silencio de la expectativa tenía embargados á los habitantes y al mismo ejército.

Los batallones desfilaron sombríos por las calles abandonadas, y al son compasado de los parches, entraban en sus cuarteles.

El general Zaragoza, seguido del Cuartel Maestre y su Estado Mayor, subió á practicar un reconocimiento á los cerros de Loreto y Guadalupe.

El bravo General, montado en su soberbio caballo, y puesto arrogantemente sobre la gigante cúspide de aquella montaña, era una estatua ecuestre que simbolizaba el hecho más glorioso de nuestra historia contemporánea.

Zaragoza ignoraba que las herraduras de su corcel descansaban sobre ese pedestal que á las pocas horas debía levantarle la fortuna, y desde donde le contemplarían cien y cien generaciones en el recuerdo de las glorias patrias!

Tender su vista de águila, contemplar la llanura, las montañas próximas y la ciudad, abarcar las distancias y concebir simultáneamente su plan de campaña, fué obra de un momento, porque volviéndose á los generales que lo contemplaban en silencio, dijo con voz firme y ronco acento: "Aquí," y tendió su mano señalando el campo de batalla.

Aquella palabra era un reto al destino, un aplazamiento á la victoria.

El relámpago del genio había surcado por su cerebro.

El aliento de Dios había pasado por su inteligencia.

En el espejismo misterioso de su alma, vió al ángel de la victoria; aquella visión era el apocalipsis del heroísmo en la irradiación de su espíritu batallador.

II.

La fama del ejército francés, trasmitida en los gloriosos episodios, traídos en las últimas horas del siglo XVIII y las primeras del siglo XIX, habían dado un prestigio sobrehumano á aquellos soldados, que llevaban en sus estandartes el laurel de la primera victoria cosechado en las montañas de la *Mesa central*.

Nuestro ejército se sentía desconfiado, y para decirlo de una vez, comenzaba á perder la moral, levantada después á la vista del entusiasmo y de la fé de nuestros caudillos.

Inferior en número, rebajado en el paralelo de instrucción y disciplina, sin más elemento que el valor y la abnegación, en el terreno de los hechos y de la verdad práctica, no podía luchar con el ejército francés.

Aquí acababan los cálculos de la mezquina inteligencia humana para dar paso al juicio de Dios.

Un incidente terrible vino á dar tintas más oscuras á la situación.

Las hordas ensangrentadas, último y asqueroso resquicio de una bandería nefanda que se hundía en el fango del oprobio, se sintió alentada con los motines de Córdoba y Orizaba, y se dirigía en masa á prestar su apoyo al extranjero.

De aquel pequeño ejército que esperaba ya descansando sobre sus armas la llegada del invasor, se desprendieron dos mil hombres á contener las chusmas reaccionarias, quedando aun más debilitado con aquella forzosa sangría.

Zaragoza no vaciló un solo momento después de su irrevocable resolución.

Se creía invencible en su sentimiento de inspirado y en el ímpetu de su patriotismo.



III.

Levantóse una fortificación pasajera en los cerros de Loreto y Guadalupe, y á la madrugada del día 4 el General Negrete ocupó esas posiciones con una división de 1,200 hombres reforzándolos con dos baterías de batalla y de montaña.

En la plaza de San José se formaron tres columnas de ataque, de á mil hombres, teniendo á la cabeza á los bizarros Generales Berriozábal, Díaz y Lamadrid.

Quinientos caballos al mando del General Alvarez y una batería de batalla apoyarían al movimiento.

Cuatro mil setecientos hombres, hé aquí el total de fuerza con que entonces contaba el ejército de la República para aventurarse al primer encuentro.

Pasóse el día en la mayor ansiedad, esperando el avance del ejército francés.

El imposable General Zaragoza no podía determinar aún su plan de campaña, porque ignoraba la actitud que guardaría el ejército enemigo; así es que, centinela de aquellos hombres fiados á su valer para la defensa de la patria, esperaba sereno el momento del combate.

La ciudad callaba con ese silencio religioso del testigo, ante un gran acontecimiento.

Las cajas enmudecieron y las banderas yacían plegadas, esperando los primeros alientos de la batalla para mecerse sobre sus astas.

Toda aquella muchedumbre tenía fija en una sola mirada toda su atención; estaba vuelta al Oriente, por donde debían aparecer los ejércitos de la Francia.

El General Zaragoza recibió un parte de Amozoc, en que se le avisaba que Laurencez se detendría en ese punto toda la noche, al amanecer emprendería sobre las posiciones republianas.

Avanzáronse grandes trozos de caballería hacia el camino de Amozoc, y las tropas tornaron á sus cuarteles; la palabra *mañana* circulaba por todos los labios.

El valiente General atravesó á escape delante de sus tropas repitiendo con torvo acento como un sonámbulo: *mañana!..... mañana!.....*

IV.

El general Almonte había levantado su campo de Orizaba y venía cargando la jefatura suprema, caminando como un

vivandero político tras del ejército francés.

Haro, el clérigo Miranda y los satélites del gobierno usurpador, pidiendo plaza para su administración.

Laurencez, General en jefe del ejército de la conquista, veía con alto desdén á la turba conservadora: no obstante, tenía la obligación de apoyar á Almonte, que se hizo llamar modestamente General en jefe del ejército mexicano.

La noche del 4 de Mayo celebraron en Amozoc una última junta los intervencionistas con el jefe de la expedición.

—Hé aquí las cartas, decía Almonte, en que se me asegura que seremos recibidos con flores y arcos de triunfo por la ciudad de Puebla; no puedo desconfiar del dicho de personas respetables.

Haro, dándose los aires de un veterano, añadió:

—Si hay resistencia por parte de Zaragoza, no creo que haya obstáculo para emprender un ataque; Puebla ha sido el teatro de mis campañas, y yo podré indicar el plan más oportuno para que caiga en nuestro poder.

—Yo lo que deseo saber, dijo Laurencez, es, si el General Zaragoza me espera á pié firme y puedo contar con el pueblo de la ciudad para el evento de una tenaz resistencia.

—Es un hecho, contestó Almonte; las *masas* están minadas, comprometidas de antemano; hé aquí los desechos de las principales; sólo están en espera de nuestra llegada para lanzarse como tígres sobre ese ejército que acabáis de derrotar en las Cumbres de Acultzingo.

Laurencez comprendía que no era tan sencilla la toma de Puebla, toda vez que los mexicanos se pusieron en situación de defensa; y ese pobre General, mezquino para tan grande empresa, no quemaría las naves como el conquistador Hernando Cortés.

Su carácter orgulloso, y el éxito feliz que tuvo en el primer encuentro con las tropas mexicanas, le hacía soñar hasta en el bastón de mariscal, y creerse uno de los héroes del siglo XVI.

Puede ser que el destino le proporcionase dar un *salto* como á Pedro de Alvarado en la *noche triste*; con la sola diferencia que este Alvarado moderno lo daría para *atrás*.

Fluctuaba el desgraciado entre las demás sombras de la duda, que no podían disipar los discursos y protestas de los intervencionistas sobre una fácil victoria, cuando recibió un parte de Puebla, en que se le comunicaba que Zaragoza tomaba posiciones en los cerros que velan la ciudad como las esfinges de los antiguos.

—Esas montañas, dijo Haro, son nada en comparación de las Cumbres de Acultzingo, y serán tomadas al primer impulso.

—Tengo fé en los soldados de la Francia; ellos jamás han retrocedido, y no sería en este país donde la bandera de Napoleón III sufriera una derrota.

—Señores, dijo Saligny, hasta hoy ninguno de nuestros cálculos ha salido fallido, lo único que nos inquietaba eran las posiciones del *Chiquihuite*, esas yo las he tomado con una proclama, lo demás del camino está allanado; al pasar por Puebla he visto las fortificaciones, que caerán al primer cañonazo; nuestro es el porvenir.

—Poca es la gloria que vais á cosechar, señor Laurencez, dijo Almonte; batir esas chusmas desprestigiadas trás unos parapetos, sarcasmo del arte de la guerra, apenas puede lisongear al ejército francés.

—Me sería fácil, dijo el comandante en jefe, tomar la ciudad; pero quiero darle el último golpe á ese ejército, lo batiré en sus posiciones, y clavaré mi bandera victoriosa en las fortificaciones de Guadalupe.

—Yo desearía, observó Haro, que prescindiendo de las ideas de gloria, nos ocupásemos sólo de tomar la plaza.

—¡Caballero!—dijo algo exaltado Laurencez,—á los soldados de la Francia les importa más el nombre que la posición de una ciudad; además, que tomando las montañas y derrotando á Zaragoza, nos abrimos las puertas de la capital, no así dejándole en pié, porque le doy lugar á la retirada.

—El general tiene razón, dijo Almonte, tratando de halagar á su tutor.

—Esta es una opinión como otra cualquiera, añadió Saligny, que no importa una ofensa, ni una lección á mis compatriotas.

—Estoy muy lejos de eso, respondió Haro; no desconfío en manera alguna del éxito.

Laurencez inflaba los carrillos lleno de vanidad, como un pavo.

—Mañana tomaremos la sopa en la ciudad de los Angeles, dijo con arrogancia Saligny, en otra cosa podría haber duda.

—Mañana agregó Laurencez, tomaré cuarteles en Puebla. Seguramente aquellos hombres, entregados á las dulces ilusiones de la victoria, ignoraban que la vía de flores soñada durante tanto tiempo, ocultaba abrojos punzadores que atravesarían en el calvario de la derrota.

V.

Wask y Don Fernando, aquellos dos atrevidos aventureros, estaban también en el delirio de sus ambiciones.

—Ya es necesario, decía Wask, que Mr. de Saligny entregue la parte de *bonos* que se nos debe, después todas serán trabas y dificultades.

—Ese majadero comienza á revelarse, su carácter en la expedición lo lanza á un camino de abusos, y temo que nos defraude.

—Ya nos conocemos, Don Fernando, si ese hombre fuese capaz de tal infamia, le pondría un lazo para volarle la tapa de los sesos.

—Es cosa bien fácil para nosotros.

—Se ha quedado confuso ese francés y amilanado ante nuestro golpe de la Colecturía de San Andrés Chalchicomula.

El Conde se estremeció involuntariamente.

—¿Parece que os emociona ese recuerdo?

—No, por mi vida, caballero.

—Es que estáis pálido.

—Sobre ciertos asuntos las bromas son peligrosas.

—¿Os enojáis?

—ruede ser.

El aventurero inglés, haciendo un esfuerzo poderoso en su indomable carácter, respondió:

—Todo como vos decís, es una broma, olvidad mis palabras.

Serenóse la fisonomía de Don Fernando, y continuaron en su conversación.

He recibido carta de Manzanedo, que se encuentra en la casa Doña Blanca: me asegura en ella, que la capital espera impaciente el momento de la ocupación.

—Yo desconfío de ese hombre, dijo Wask; en su perpétua monomanía de ver en el trono de México á su príncipe Don Juan, todas las situaciones las ve color de rosa.

—Es cierto.

—Doña Blanca lucha desesperadamente con esa sociedad donde el nombre de los Borbones apenas halla un eco muy débil en las baladas del pasado.

—No importa, todos esos trabajos afluyen á la realización de nuestros proyectos; yo he visto claro desde el primer día, la Francia y solo la Francia sacará las ventajas de su obra.

—Nada más justo.

—Nosotros vamos en pos del oro, y siga la política por donde se le antoje.

—Es cierto, nuestra ambición quedará satisfecha; dejemos á Almonte y su ridículo gobierno buscar los puntos distinguidos, yo conozco el favor de los reyes, hoy colmará de honores á los que entreguen á la patria, y mañana los arrojarán en el olvido, sino es que los destinan al cadalso.

—La nube viene preñada de rayos, es necesario escapar de la tormenta.

—Pero con mucho oro, mucho, hasta ahogarnos en él decía Wask crispando las manos y haciendo crujir sus mandíbulas.

Aquel hijo de la Gran Bretaña era el demonio de la codicia.

—Yo deseo, dijo el Conde, después de recibir mis dividendos, partir á Europa en una legación; aún no pierdo la esperanza de reconciliarme con mi novia, que es inmensamente rica, ó ajustar mi enlace con Blanca de Montemolín.

—Los dos negocios son aceptables, Conde del Jaral, la fortuna pasa una sola vez delante de nosotros, no hay que dejarla escapar.

—Sabéis, observó Don Fernando, que estoy desconfiando terriblemente de Manzanedo.

—Tenéis razón, hace días que anda triste, decaído y presa de los remordimientos. ¡Alma mezquina encarcelada en las tinieblas de la cobardía!

—Si á ese miserable se le antojara denunciarnos ante el gobierno de la Francia, no tendría inconveniente en sacrificarlos por vía de escarmiento, y más en esos primeros días en que tratarán de hacerse de prestigio.

—No está mal pensado.

—El gobierno haría un alarde grotesco y no me cae en gracia ser suspendido de una horca.

—Ese hombre es muy peligroso y me trae inquieto.

—Yo nada os había comunicado, pero eso fué el motivo que me impulsó al enviarlo á México al lado de Doña Blanca.

—Allí, hablando de sus proyectos, nos arrojará de su memoria.

—Lo creo difícil.

—Todos esos temores desaparecen ante el cuadro que tenemos delante.

—Os confieso que tengo una ansiedad desconocida, veo al ejército francés con todos los elementos de la victoria; pero el nombre de Zaragoza me hace muy mala impresión y yo soy fanático, señor Conde.

—Olvidad esa superstición, el general no es temible.

—No lo sentís así, Don Fernando, recordad nuestra apuesta.

—Wask, es necesario hablar con franqueza y sin reserva alguna; aquella noche en que os propuse descargar el rayo de la muerte sobre la cabeza de Zaragoza, fué porque me sentí bajo la influencia del terror, tuve miedo, como lo tengo ahora, preveía la hora que va á llegar y que se acerca á toda prisa, en que nos encontraremos frente á frente de ese hombre.

Wask dejó caer su cabeza sobre el pecho.

Si prosiguió el conde del Jaral, ese hombre me asusta, creo ver á sus pies encadenada la victoria.

—¡Esto es horrible! murmuró el aventurero.

—Tengo nuestra palabra, y sin embargo, creo que al acercarnos á Zaragoza, saldría algún genio á defenderle, como las sierpes de Claudio Nerón.

Wask dejó oír una estridente carcajada que debió resonar en el infierno.

—No os burleis, caballero, mañana es un día aciago.

—¿Aciago? preguntó con terror el aventurero.

—Sí, mañana es un día de recuerdos fatales para la dinastía de los Bonaparte.

—Hablad por Dios, señor Conde.

—El 5 de Mayo murió Napoleón el grande en Santa Elena, y las águilas de Francia están de duelo.

—¡Maldición! gritó Wask, ese recuerdo va á influir en el ánimo de esos soldados.

—Mañana no alumbrará el sol de Austerlitz.

Aquellas palabras sombrías eran una sentencia desesperada.

VI.

Transladémonos al campamento republicano. La tropa estaba acuartelada, pero nadie dormía. Soldados y oficiales hablaban en voz baja. Mondoñedo se paseaba en los corredores del cuartel con sus compañeros, Felipe Cuevas y Santiago González.

—La casualidad nos reúne, decía el estudiante, es necesario que sigamos el mismo destino.

—Ha habido una variación completa en nuestra existencia, yo me siento otro hombre dijo Santiago González, se ha despertado en mi alma algo desconocido que me ha hecho superior en esta crisis porque atravesamos.

—El general Zaragoza te ha enviado á uno de los cuerpos de Berriozábal para que te distingas.

—Y me batiré como el primero.

—Yo me he impuesto una obligación más sagrada, observó Felipe, permaneceré á la cabecera del herido, huiré de las balas para consagrarme á la humanidad doliente en cuerpo y alma.

—Haz lo que mejor te parezca; lo que terogamos es, que si la muerte nos entrega despiadada á tus furiosos: nos trates con la mayor consideración.

—Ya les tengo preparadas unas camillas magníficas: es-

toy provisto de cloroformo. y he afilado los instrumentos.

—Quiera Dios que no los emplees en nosotros.

—Sería un buen rato para mí, esa satisfacción no podría quitármela nadie.

—Puede ser que mañana á estas horas ya hayas cortado algunos miembros franceses.

—¡Ojalá!

—Tengo corazonada dijo Mondoñedo, mañana triunfamos, la suerte está con nosotros.

—Pero hombre, ¿en que te fundas?

—En nada y en mucho.

—Explicate.

—No se puede alcanzar la certeza sobre echos que pertenecen al porvenir: pero soy algo fanático; esta noche he oído redactar al General Zaragoza la orden del día, con tanta seguridad y aplomo, como si estuviese á su alcance cuanto va á acontecer en la función de armas de mañana.

—¿Conque esta resuelto que esperemos á los franceses?

—El General Zaragoza no dice dos veces la misma cosa.

—No me llega la camisa al cuero, dijo Felipe Cuevas.

—Pues yo deseo que amanezca como desear la salvación.

—Esas son exageraciones,

—Lo juro, gritó Santiago González.

—Hombre, no lo creo.

Mira, Santiago, tu me diste una surribamba de bofetadas en la cárcel, y me propongo tomar la rebancha en el campo de los franceses.

—Fuera de broma, dijo Mondoñedo, la cosa está más seria de lo que parece; si nos derrotan mañana, el país está perdido.

—Ya lo creo.

—El síntoma bueno que hay en la tropa, es la fé encendida que tienen en Zaragoza, les parece que el General nunca debe sufrir un revés, recuerdan las jornadas de Guadalajara, Silao y Chalpulápan, en que la sola presencia de ese hombre y sus palabras, habían decidido el combate.

—A mi me pasa lo mismo, veo al General tan sereno como un busto de mármol, apenas se sonríe pero como sonríen las estatuas; lo rodea una atmosfera de prestigio, que sus palabras son mandatos: á morir, dice, y no hay remedio, se muere.

VII.

Oyóse el tropel de los caballos, y poco después, el teniente Pablo Martínez se presentaba ante sus compañeros de campaña.

—Por el buche del arzobispo, que hemos escaramuceado toda la noche con esos infernales de cazadores de Africa que ha sido una gloria.

—¿No ha tenido usted ninguna desgracia?

—A un soldado mío le han roto las quijadas, pero eso nada vale, aquí traigo un caballo árabe magnífico, se lo quité á un dragón que tenía el cuero durísimo.

—¿Y usted cree que avanzarán mañana?

—¡Vaya, vaya! dijo Martínez echándose el sombrero á los ojos, ya están en marcha; desde las dos pusieron en movimiento sus trenes y se dirigen á toda prisa sobre nosotros.

—¿Lo sabe ya el general?

—Mi general Zaragoza lo sabe todo, ¡demonio! al amanecer va ser ello; aquí nos pagan lo de las Cumbres, la pierna del General Arteaga les ha de costar muy caro.

—¿Y qué piensa usted de la batalla, señor teniente?

—Que la llevamos tan segura como la crisma del bautismo.

—¿Y en qué se funda usted?

—En que Zaragoza nunca pierde; ahora mismo, al darle el parte de la aproximación de los franceses, me dijo tocándome el hombro: señor teniente, mañana á estas horas, ya le habré puesto á usted sobre el campo las divisas de capitán. Esto quiere decir en buen castellano: Lo voy á echar á usted sobre los cañones de los franceses, si se escapa, cuente usted con un grado más.

—Perfectamente.

—Yo tengo un entusiasmo inmenso, dijo Santiago González, mañana debe ser un día grande para la patria.

—Mañana nos rifamos con los *gabachos*, ya tengo hecho, mi testamento, nombro heredero y albacea de lo que traigo puesto, al primero que lo quite.

VII.

Un ayudante de Estado Mayor comunicó al coronel del cuerpo la orden para que siguiese el movimiento de la división.

Los soldados, como hemos dicho ya, no habían dormido, presa de esa ansiedad que devora al corazón en los momentos que preceden á una batalla.

Instantáneamente y en el mayor silencio se pusieron en marcha.

Mondoñedo tendió la mano á sus compañeros y dijo con voz entusiasta:

--Dentro de algunas horas nos veremos sobre el campo!
 --¡Sobre el campo! dijeron á una voz Martínez, González y Felipe Cuevas.

CAPITULO XX.

EL SOL DE MAYO!!!

I.

Estamos en las primeras horas del 5 de Mayo de 1862.

Los celages de la mañana comienzan á sonrosarse en el confín de un horizonte claro, por las brisas purísimas de la madrugada.

En el fondo del cielo levanta su frente la *Malintzint* como la deidad ante la cual se prosternaron nuestros mayores, y más allá, esos dos gigantes hermanos cubiertos con su armadura de hielo, que se llaman el *Popocatepetl* y el *Ixtlazihuatl*!

El Atoyac corre tranquilo rompiendo en las márgenes de flores sus cristales transparentes.

La lluvia de la noche convertida en perlas y brillantes oscila en las hojas de los árboles y salpica la alfombra de esmeralda de la llanura.

La extensión está sola; algunas bandadas de pájaros atraviesan por intervalos volviendo á desaparecer y dejando limpia y trasparente esa gasa que media entre el cielo y el abismo.

La ciudad sale de las sombras de la noche y la luz comienza á iluminar su blanco caserío, y sus agujas se destacan con majestad y elegancia en el zafiro hermoso de la atmósfera.

Entre las confusas sombras del amanecer, se percibe una serpiente de escamas de hierro que parece salir del corazón de la ciudad.

Se escucha el ruido de sus anillos acerados, y se adelanta atrevida entre las laderas del camino, y sigue su ruta hacia el Oriente.

Aquel mónstruo es el genio de la guerra.

Es un ejército que busca con sus armas el pecho del enemigo.

Todo aquel ruido sombrío se apaga, y el silencio recobra su majestad y su dominio.

Si un peregrino atravesase entre el crepúsculo de la mo-

taña por aquellas rocas, no sospecharía ante aquel cuadro de paz y prolongada calma, que estaba sobre el formidable teatro de una catástrofe.

II.

Rasgóse al fin la bruma del horizonte, y los primeros rayos de un sol incandescente reflejaron sobre los volcanes, alumbrando de súbito la ciudad, y las montañas, y la llanuras, y vibrando en un ambiente de gloria sobre las armas de nuestro ejército, y dando de lleno con su esplendor en esos estandartes venerandos nacidos en la hora primera de nuestra independencia.....!

Las sonoras campanas de la basílica, dieron el toque del *Ave María*, y como si aquel toque hubiese sido, no un eco religioso, sino una señal de alarma, las músicas todas del ejército que iba á combatir, rompieron en sonos marciales, á los que respondieron mil vivas de entusiasmo que repercutieron en el fondo del valle y en el seno de granito de las montañas.

El estandarte nacional ondeaba en las altas torres de las iglesias y de los palacios, y se desplegaba sobre el campo de la lid llamando á la lucha á sus adversarios.

Aquel sol cuya radiante luz había sido llamada por Dios en el cuarto día del *Génesis*, llevaría la gloriosa memoria de una batalla á las regiones occidentales.

III.

La verdad histórica suple en esta vez á la imaginación del novelista, oigamos lo que dice sobre este memorable acontecimiento.

El general Zaragoza ha formado su batalla hacia la parte occidental de su campamento.

La ala derecha de su línea la cubren los invencibles cuerpos de Oaxaca, los compañeros de aquellos valientes que guardan las tumbas abiertas por el incendio de San Andrés Chalchicomula.

Allí se ostentan los carabineros de Pachuca, los lanceros de Toluca y los de Oaxaca.

El centro, que es el lugar de honor, lo ocupan el valiente Berriozábal y Lamadrid, con las brigadas de México y San Luis.

La izquierda está apoyada en los cerros de Loreto y Guadalupe, con Negrete á la cabeza de 1,200 soldados de Puebla y Morelia.

Aquel ejército estaba orgulloso de sus combates y se sentía capaz de afrontar el choque enemigo por formidable que fuese.

La artillería sobrante se sitió sobre los fortines de la ciudad.

Zaragoza asumió entonces la actitud histórica, que determinó en ese día su gigante figura, en el mundo de la heroicidad y de la fama.

Esperó tranquilo la llegada del enemigo, sus labios permanecieron en silencio y en su faz había algo de sombrío.

Napoleón I estaba triste, dicen los historiadores, la víspera de Austerlitz.

IV.

Alzóse una pequeña nube sobre uno de los baluartes del cerro de Guadalupe y vibró instantaneamente una detonación.

¡El enemigo estaba á la vista!

Aquel telégrafo de la muerte produjo un estremecimiento nervioso en la ciudad, é hizo discurrir un frío terrible en el ejército de la República.

¡El enemigo estaba á la vista!

Zaragoza sintió el golpe eléctrico en su cerebro, y la inspiración cernió sus alas sobre aquella frente de gigante.

Corrió sus acicates por los espumosos hijares de su corcel y se avanzó á sus soldados, que yacían inmóviles viendo el camino por donde comenzaba á aparecer el enemigo.

¡Soldados! gritó con voz de trueno, os habeis portado como héroes combatiendo por la Reforma, vuestros esfuerzos han sido coronados siempre del mejor éxito, y no una, sino infinidad de veces habeis hecho doblar la cerviz á nuestros adversarios: Loma Alta, Silao, Guadalajara y Calpulalpan, son nombres que habeis eternizado con vuestros triunfos. Hoy vais á pelear por la patria, y yo me prometo que en la presente jornada, le conquistaréis un día de gloria. Nuestros enemigos son los primeros soldados del mundo: pero vosotros sois los primeros hijos del mundo y os quieren arrebatar vuestras patrias.

¡Soldados!...*leo en vuestra frente la victoria.* Fé y...viva la independencia nacional!.....viva la patria!

Un grito unísono de entusiasmo se levantó de aquella muchedumbre, un solo grito que hizo estremecer los corazones con el aliento abrasador de la esperanza!

Zaragoza recorrió la línea deteniéndose ante los batallones, dejando caer un recuerdo de gloria, una memoria de triunfo, una esperanza para el porvenir.

Las dianas, las músicas, los gritos de entusiasmo, se sucedían como el fuego de la erupción.

Aquel ejército solemnizaba la victoria antes del combate. Zaragoza estaba satisfecho.

Aquella fiesta patriótica calló repentinamente al toque de atención dado por el clarín de órdenes del general.

V.

Las guerrillas de caballería venían batiéndose en retirada y fogueando al enemigo, que avanzaba como una nube de tempestad sobre el campo republicano.

Avanzó á lo largo del camino iniciándose la batalla frente á la garita de Amozoc.

Repentinamente aquella masa recargó á su flanco derecho y en su movimiento oblicuo llegó al pié del cerro de Amalucan, apoyándose en la hacienda de los Alamos, mientras sus baterías se situaron convenientemente frente á las posiciones de Loreto y Guadalupe.

Zaragoza comprendió el plan de Laurencez al ver su movimiento de flanco, y con la rapidez del rayo dió otro orden á su batalla.

Berriozábal, con la división de México, ascendió á paso veloz por las rocas, y se situó en la hondonada que media entre los cerros de Loreto y Guadalupe.

Honra á ese bravo general el orden con que efectuó el movimiento y su gran serenidad al frente del enemigo.

El general Antonio Alvarez, con los carabineros cubrió la izquierda de las fortificaciones.

A la derecha formando ángulo con los fortines, se extendía la línea de batalla desde el cerro de Guadalupe á la plaza de Román, frente de las posiciones del enemigo.

A la misma altura del cerro y sobre el camino que sale para la garita, se situaron dos piezas de batalla protegidas por la brigada al mando de Lamadrid, que se prolongaba en línea de batalla hasta la iglesia de los Remedios.

Cerrado el costado derecho la división de Oaxaca, apoyada en la plazuela de Román con su dotación de artillería, y á la espalda los escuadrones de Toluca y Oaxaca.

Tal era la situación de los combatientes momentos antes de comenzar el combate.

Zaragoza sacó su reloj y dijo á su Cuartel-Maestre:

—Señor general, las *once y tres cuartos*.
A esa hora había comenzado la batalla de Waterloo.

VI.

De aquella nube tormentosa posada en la cima de Amalucán se desprenden los primeros relámpagos que deben preceder á la catarata.

Los zuavos se desparraman en tiradores, cambiando sus tiros con las tenaces guerrillas de caballería, que no se replegan hasta no ver salir las columnas de ataque.

Cuatro masas compactas de á mil hombres caminaban sobre su flanco derecho en dirección al cerro de Guadalupe.

Pasan á lo largo del pié de la montaña siempre en movimiento oblicuo, hasta ponerse á tiro de cañón de las posiciones republicanas.

¡Qué bello era aquel espectáculo!

Los soldados marciales de la Francia, no desmentían esa fama que ha llegado al apoteosis; caminaban serenos, impasibles, arrastrando en su paso aquel lujo de trenes y sin desordenarse al recibir el mortífero fuego de la artillería que jugaba implacable sobre las columnas.

Colocan sus cañones en medio de aquel huracán de proyectiles, y responden á la muerte que los ha seguido en todo su trayecto, con el bronce de sus baterías.

Las columnas atravesaban lenta y silenciosas el espacio de Rementería que media entre Amalucán y Guadalupe, perdiéndose entre las ondulaciones y sinuosidades del terreno.

Desaparecieron unos instantes: era que ascendían por las rocas acultándose de los defensores.

De repente las cabezas de los tiradores zuavos con la roja *calotte* coronando su tostada frente, con la mirada chispeante, asomaron por las orillas de la colina, ascendiendo atrevidos en pos de la victoria.

Los fortines hicieron el primer disparo, y la columna se sintió conmovida por la metralla.

Entonces la división Berriozábal se lanzó como el huracán al encuentro de la columna, y las bayonetas se cruzaron, y la sangre corrió á torrentes, y la muerte discurrió haciendo un estrago espantoso.

Aquella masa compacta onduló un instante, vaciló y retrocedió al fin en buen orden, hasta ponerse fuera del tiro.

VII.

Un momento bastó para que se repusiera en su moral, los clarines tocaban á ataque y las columnas tornaron á embestir con denuedo.

Los zuavos, con la desesperación de la derrota, desafiaban á la muerte con un valor exagerado.

La columna avanzaba á paso de carga en medio de un torbellino de metralla.

Los fuertes de Loreto y Guadalupe vomitaban bronce, y nuestra línea de batalla permanecía como una cadena de hierro eslabonando los dos cerros.

Los regimientos primero y segundo de marina y los zuavos intentan decidir el combate, y como leones se precipitan sobre la línea que los recibe á la bayoneta.

Negrete, que había mandado á los zacapoaxtlas ponerse pecho á tierra, gritó con ese acento que Dios le presta sólo á los buenos hijos de una patria agonizante:

—¡Ahora, en nombre de Dios, nosotros!

Aquella voz fué la evocación sagrada al genio de la victoria, porque la columna francesa fué arrollada completamente y puesta en dispersión.

La gritería, dice un testigo presencial, era horrible; al ronco acento del francés se mezclaba la aguda *gama* del zacapoaxtla y el grito burlón de nuestros soldados del pueblo, apenas distinguidos entre los tiros y las clamoreos de muerte y exterminio.

En aquellos momentos el pundonoroso y valiente general Rojo avisa al general Alvarez que era tiempo de lanzar la caballería para alcanzar una completa victoria.

Nuestros dragones se precipitan sobre los restos de la columna, que con una serenidad admirable se replegó á su campo batiéndose en retirada.

No habían pronunciado aún su última palabra en la arena de la liza.

VIII.

Laurencez estaba perdido y desmoralizado, dos ataques con un éxito desgraciado lo tenía casi demente.

Se propone dar un último asalto, pero simultáneo, buscando de dos probabilidades una de éxito favorable.

Organiza una columna con los cazadores de Vincennes y el regimiento de zuavos, y torna á dirigirlos sobre el cerro de Guadalupe, mientras pone en marcha otra, compuesta del resto de sus tropas y ataca la derecha de la batalla de Zaragoza.

Entonces los zapadores al mando de Lamadrid le salen al encuentro, y se empeña un terrible combate á la bayoneta.

Una casa que se halla situada en la falda del cerro es el punto objetivo; los franceses se posesionan de ella, y son arrojados por los zapadores; la tornan á recobrar, y una lucha más sangrienta aún, se renueva en el sitio fatal.

El cabo Palomino se mezcla entre los zuavos y se bate cuerpo á cuerpo con el arrogante soldado francés, y el guión de los zuavos pasa á sus manos cuando su guarda ha lanzado el último suspiro por la herida abierta en el centro del corazón.

—Señor general, gritaba Haro á Laurencez, habeis perdido en tres encuentros; dadme las fuerzas que os quedan, y me comprometo á tomar la ciudad por el lado del Carmen, ha sucedido lo que anoche os he pronosticado, el orgullo militar os ha perdido.

—¿Y quién sois vos, gritó Laurencez, para atreveros á un general del ejército francés?

—No es tiempo de reecriminaciones, reunid vuestra gente y emprended el ataque como os indico, porque esa columna que va sobre Guadalupe será derrotada irremisiblemente.

—Callad, caballero, y dejadme; aun tengo fé en mis soldados.

—Haced que se bata todo el 99 de líneas, aun podéis pretender una victoria.

—¿Y con qué me retiro? dijo Laurencez, sin pensar en la prenda que había soltado.

Haro y Almonte se vieron con asombro: Laurencez tenía razón.

Los mexicanos que militaban á las órdenes de los franceses, estaban admirados; no podían creer lo que palpaban en aquellos momentos.

Los franceses se creían presa de una pesadilla horrible.

IX.

Las nubes se habían condensado y flotaban en los picos de las montañas.

Oscurecióse el cielo y una sombra densa cayó sobre aquel campo escarbado y lleno de cadáveres.

Desprendiose una horrible tormenta; confundiendo los truenos del rayo con las detonaciones de la artillería.

Abriéronse las cataratas de las nubes y el agua cayó á torrentes envolviendo á los batalladores.

La lluvia había determinado la derrota de Waterloo.

La columna ascendía con dificultad en medio de la tormenta que se desplomaba, los toques de los clarines no cesaban de mandar al asalto.

Comprometiése el combate de una manera terrible; Zaragoza, que veía lleno de ansiedad cuanto pasaba, envió á paso veloz al batallón Reforma en auxilio de los cerros donde zuavos y cazadores se disputaban la victoria.

Los mexicanos saltaron las trincheras; jugaban el todo por el todo.

Los franceses llegaron hasta los fosos.

En los parapetos de Loreto había una pieza de batalla, que hacía un formidable estrago en las filas de los asaltantes; entonces los zuavos hicieron un empuje desesperado y se arrojaron sobre la pieza.

En aquellos momentos el artillero tenía en las manos el proyectil que iba á colocar en la boca del cañón, sin que hubiese tenido tiempo por la rapidez con que el zuavo había llegado al parapeto.

Tras de aquel hombre venía una multitud, que una vez apoderados del fortín, levantarían la moral de su ejército y se perdía en un instante la gloria adquirida á costa de tanto sacrificio.

El soldado arrojó el proyectil á la cabeza de su adversario, que herido mortalmente, rodó en el foso del parapeto.

Los zuavos retrocedieron, avanzó la línea mexicana, y ya encarnizada en el último combate, acribilló á los franceses y se gozó siniestramente en su derrota.

Aquellos valientes que habían tocado con sus manos las piedras de los fortines, no sobrevivieron á la catástrofe de su ejército ni á la vergüenza de su bandera.

X.

Cuando las columnas enviadas por Laurencez llegaban á los fortines de Guadalupe y de Loreto, las fuerzas francesas se destacaban á la posición del General Díaz, avanzando protegidas por un escuadrón y una línea formidable de tiradores.

El valiente general acudió en auxilio del batallón de San Luis, que estaba á punto de ser envuelto por el enemigo.

Movió en columna el batallón Guerrero, á las órdenes de Jiménez, desplegando instantáneamente su batalla, ganando el terreno á los franceses.

Empeñóse un serio combate, siempre avanzando y haciendo retroceder al enemigo.

Habían adelantado tanto hacia las posiciones de Laurencez, que estaba próxima la columna á quedar aislada y comprometida; entonces el General Díaz envió á los batallones primero y tercero de Oaxaca, al mando de Espinosa y Loaeza, dando un impulso formidable con aquel auxilio, que desalojaron al enemigo de las trincheras naturales con que el terreno lo favorecía.

El éxito alentó al joven caudillo, que destacó al batallón Morelos, reserva de la línea y mandado por Ballesteros, con dos piezas de batalla, reforzó la izquierda, y por la derecha envió á Rifleros con los escuadrones de Toluca y Oaxaca.

Díaz quedó dueño del campo, y necesitó de repetidas órdenes de Zaragoza para regresar á sus posiciones.

En aquellos momentos las columnas de Laurencez bajan de Guadalupe esparcidas y en completa dispersión, rechazadas en su última intentona y replegándose á la hacienda de San José!

Los restos ensangrentados de la última columna de ataque llegaron simultáneamente á la hacienda, donde tomaban aliento sus compañeros de infortunio.

Laurencez, al ver descender á sus soldados perseguidos por la caballería y en perfecta dispersión, se cubrió el rostro con las manos y lloró desesperado como un miserable, sin atreverse á levantarse la tapa de los sesos como Lord Raglan al vacilar las columnas inglesas en la toma del reduto de Malakoff.

XI.

La tempestad se había alejado en el horizonte, arrollándose las nubes por el aliento pujante del vendabal.

El cielo estaba bañado con la luz del crepúsculo vespertino, y los pabellones de fuego del sol, en su descenso al Occidente, inundaban la extensión, reflejando en visos de escarlata sobre los volcanes y extendiéndose en olas de oro sobre la llanura.

La ciudad repicaba á vuelo, la población acudía en masa al teatro del combate, y los parches guerreros y las músicas saludaban al ángel de la victoria.

El General Zaragoza, que había permanecido durante la

acción en la iglesia de los Remedios, desde donde había dirigido hábilmente la batalla, atravesó delante de las filas de sus heroicos soldados con la frente descubierta, sin poder pronunciar una palabra, embargado por la más santa de las emociones.

La presencia del general causó una profunda sensación, los soldados lloraban, tomaban las riendas de su caballo, y Zaragoza llevaba húmedos los ojos y las sienes circundadas con el lauro inmarcesible de la victoria.

El *sol de Mayo* alumbraba aquella grandiosa escena y se tendía en magnífico dosel tras aquella gigante figura, adoración de un ejército y semidiós en el templo de la patria.

XII

El pabellón tricolor acribillado por Wellington en Waterloo se había levantado sobre aquella arena ensangrentada y recorrido victorioso los campos de la Europa, prosternando á su paso á las naciones aguerridas del Viejo Continente.

Había llamado desde lo alto de sus glorias al genio de la fortuna.

Atravesó los mares tumultuosos del Septentrion para dejar en nuestros altares las hojas arrancadas á sus laureles en la más negra de las derrotas!

De hoy más el nombre de México formará época en las memorias dolorosas de la nación francesa.

Al enlutar las águilas imperiales el 5 de Mayo, aniversario de la muerte de Napoleón I, la ráfaga de esos recuerdos arrojará el nombre de Zaragoza sobre ese monumento que se alza sombrío en el Cuartel de los Inválidos, á orillas del Sena.

